

*Prólogo a la edición conmemorativa
de La Buena Suerte*

ÁLEX ROVIRA - FERNANDO TRÍAS DE BES

—Hola, Álex. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú, Fernando?

—Fantásticamente también. Sabes lo de la edición conmemorativa de *La Buena Suerte*, ¿no?

—Sí, Fernando, me escribió la editorial.

—Nos han solicitado un prólogo conjunto.

—Ya. ¿Cómo lo hacemos?

—No sé, Álex. ¡No escribimos nada juntos desde *La Buena Suerte*!

—Caramba, es verdad. Ya tocaba, ¿eh? No será porque no hayamos barajado posibles proyectos...

—Desde luego. Pero cada cosa tiene su momento, su tempo, ¿no crees?

—Por supuesto, Fer. Antes o después inventaremos otra historia, otra fábula.

—O algo distinto.

—Sí. O algo diferente.

—Edición conmemorativa. ¡Cómo pasa el tiempo, Álex!

—Han transcurrido diez años ya.

—Es que nadie, Álex, ni tú, ni yo ni el editor, nadie, insisto, imaginaba el formidable éxito que iba a tener el

libro, ni que seguiría vivo y con tanta fuerza diez años después.

—Nadie. Es verdad.

—Ahora que ha pasado el tiempo, podemos empezar a valorar lo que supuso *La Buena Suerte* para nosotros.

—En mi caso, Fernando, supuso una inflexión inespereada. La publicación de *La Buena Suerte* ha marcado y marcará mi vida.

—¿Por qué lo dices, Álex?

—Mira, Fernando, un libro del que se han vendido millones de copias y que se ha traducido a tantísimos idiomas supuso un antes y un después en nuestras vidas. A mí me ha llevado a conocer a personas y a vivir experiencias que sin el libro no se hubieran producido nunca. Y esto ha condicionado tanto mi camino profesional como personal.

—Pero para bien...

—Para bien, Fer, para bien. ¡Sin duda! El sentimiento de gratitud que me une al libro es mayor cada día. ¿No te ocurre a ti, Fernando?

—Sí, también. En mi caso además me ha permitido acceder al mundo editorial y redirigir mi carrera hacia la escritura y las tareas creativas. Algo que nunca soñé. Vete a saber, a lo mejor me hubiera planteado ser escritor al acabar la carrera y no lo hubiera logrado. Tuve que pasar por el mundo de la empresa antes, conocerte y que me animases a publicar. En ese sentido, te debo tanto, Álex. Fuiste tú quien me dio un empujón para que publicase mis ideas, mis relatos.

—Te agradezco mucho lo que me dices. Creo que el hecho de conocernos y trabajar juntos nos enriqueció mutuamente una barbaridad. Yo también siento una

enorme gratitud por el camino que hicimos juntos y por tantas cosas buenas que aprendí de ti, Fer. Y es que la vida lo lleva a uno por caminos que no son directos. Te obliga a dar rodeos que pueden parecer absurdos y sin sentido en el momento, pero luego, con el tiempo, cobran mucho sentido, ¿no crees?

—Sí, totalmente. Sólo con el paso del tiempo te das cuenta. Eso sí, hay que ir empujando en la dirección adecuada. De alguna manera u otra.

—¿Cómo llevas tú eso de crear buena suerte, Fernando?

—A ver, Álex, durante estos años me ha pasado de todo. Incluso he tenido golpes de mala suerte, porque es inevitable. ¿Tú no?

—Por supuesto. Ha habido dolor, sufrimiento, crisis, momentos complicados e incluso trágicos, como la muerte inesperada por enfermedad de algunos seres muy amados. Pero no sé si esas experiencias, que son consustanciales a la existencia, podemos llamarlas «mala suerte». Quiero decir que lo que consideramos muchas veces como normal (tener salud, por ejemplo) deberíamos valorarlo como extraordinario.

—Y ¿cómo has gestionado o encajado esos reveses?

—Simplemente los he vivido como «lo que es» y he tratado de gestionarlos como buenamente he sabido y he podido.

—Entonces, eso de que hemos tenido buena suerte...

—Yo diría, Fernando, que a pesar de algunos golpes duros o muy duros, entre los que destacaría la cardiopatía de mi hija pequeña y los momentos de sufrimiento, impotencia y fragilidad que vivimos, y todo lo que se derivó de ello, ahora que la pequeña está bien, miro hacia

atrás y me invade un gran sentimiento de gratitud. Incluso me atrevería a decir que a pesar de todo me siento muy afortunado. Y más allá de que, como decimos en el libro, trabaje y trate de crear las circunstancias para que la buena suerte aparezca, siento con sinceridad que el balance del azar, a pesar de todo, me ha tratado más bien que mal. Por lo menos ésa es la lectura que hago a estas alturas de mi vida. ¿Y tú?

—En los últimos años mis padres murieron de forma prematura, he pasado un cáncer con todas las de la ley, quimioterapia incluida y con una alguna complicación que llegó a ponerme en riesgo vital... Pero sigo pensando que soy una persona afortunada. He tenido amor, amigos, hijos maravillosos, puedo trabajar en lo que me gusta, no me falta nada... La vida se compone de las dos cosas: momentos duros y momentos preciosos. Los momentos duros son consustanciales a la vida. Los momentos preciosos los pone uno. Yo lo veo así.

—Sí, Fernando. Doy fe de que compartimos una mirada hacia la vida. Pero, desde fuera, cualquiera al vernos puede pensar que somos personas de éxito. ¿Tú cómo has vivido eso?

—A ver, es importante, Álex, considerar que un éxito no garantiza otro. Lo hemos visto en la segunda parte de muchas películas de éxito o incluso en novelistas que pegan fuerte con una novela y que luego con la siguiente no logran lo mismo.

—¿Llegaste a agobiarte, a sentir la presión de tener que ser un superventas a toda costa?

—En mi caso, me tomé el éxito de *La Buena Suerte* como el principio de una carrera como escritor y no como un éxito a repetir, porque eso me hubiese llevado no solo

al fracaso, sino a la frustración y a escribir de forma mediatizada, bajo presión, tratando de revivir un éxito en ventas. Me ha parecido importante seguir una trayectoria muy seria, que se demostrara que, hiciera lo que hiciese, relatos, ensayos o novelas, era un ejercicio serio y comprometido. ¿Y tú, Álex?

—Me atrevo a decir algo que a ambos nos ha salvado del tsunami del éxito: no hemos perdido la perplejidad. Creo que todavía, tú y yo, seguimos viviendo con sorpresa y estupor la amable acogida de la buena gente, la gratitud que seguimos recibiendo, el hecho de que el libro siga vivo, se regale y lo prescriban maestros, psicólogos, padres y madres, se lo recomienden amigos... Eso nos sigue sorprendiendo, conmoviendo y emocionando, y ése ha sido sin duda nuestro antídoto a la muerte por éxito. Vamos, es lo que siento yo.

—Pues ya sabes, Álex, que mucha gente cree que tú y yo estábamos enfadados o peleados porque no publicábamos nada juntos.

—Bueno, es la lectura fácil, ¿verdad? Porque en realidad nos dimos el permiso el uno al otro de explorar los caminos creativos que a cada cuál le apetecían, nunca nos unió una relación de simbiosis o dependencia. Hemos sabido respetarnos y admirarnos desde la libertad. Por eso diría que hoy incluso somos aún más amigos de lo que siempre hemos sido, a pesar de haber seguido caminos muy distintos. Eso es todo. Nos unen muchas cosas, Fer: los dos tenemos una enorme curiosidad, muchas ganas de aprender, no hemos perdido el entusiasmo ante nuevos desafíos y proyectos. Los dos somos muy trabajadores, inquietos, con unas enormes ganas de vivir, crear, aprender y compartir.

—Cuando nos juntamos, ya sabes que no paramos de pensar ideas...

—¡Sí, necesitaríamos varias vidas para realizar todo lo que se nos ocurre, Fer! (risas). Desde que nos conocemos, eso nos ha unido con mucha fuerza y ha sido la chispa que ha generado tanta complicidad. Leer, aprender, observar, crear, cuestionarnos... Lo venimos compartiendo desde que nos conocemos. Diría que en esa mezcla de amor a la vida, entusiasmo, curiosidad, capacidad de encajar la crítica del otro (no me refiero de ti a mí o de mí a ti, me refiero al otro, sea quien sea) reside el hecho de que aún hoy tengamos ganas de empezar proyectos juntos.

—Es curioso, Álex, porque al mismo tiempo somos muy distintos.

—Bueno, Fer, claro, y por eso nos complementamos en muchas habilidades: tú eres una persona con una brillantez e inteligencia extraordinaria, rapidísimo en el pensamiento, con una imaginación desbordante, hipercreativo y un trabajador incansable. En mi caso, la pasión por comprender el comportamiento humano; la necesidad de encontrar la relación entre los valores y el valor que transforma el mundo; la mirada apreciativa al otro; muchos años de trabajo psicológico; el amor a la lectura y concretamente a la filosofía, y además la pasión por los relatos breves y los cuentos, como es también tu caso, dieron como resultado esa combinación que nos permitió crear desde miradas compartidas pero desde habilidades complementarias. Creo que por eso nos lo pasamos tan bien cuando trabajamos juntos y emergen sinergias creativas que no se producen cuando lo hacemos en solitario.

—Totalmente de acuerdo. Tal vez por ello el libro ha llegado a personas tan distintas. Porque ha surgido de dos personas muy complementarias...

—Ése es un factor. Pero debe de haber habido más razones, ¿no crees?

—Hombre, claro, Álex.

—Yo he pensado mucho sobre ello. ¿Por qué ha tenido tanto éxito en culturas y sistemas de creencias tan diferentes? ¿No te resulta extraño, Fernando?

—Yo creo que su éxito radica en cómo logramos aunar sencillez y profundidad. Es un libro sencillo, pero a la vez muy profundo y que trata de algo que a todos nos inquieta.

—¿El qué?

—La consecución de nuestros objetivos a través del esfuerzo. Nos esforzamos, pero hay cosas que no dependen de nosotros, que escapan a nuestro control. Y a menudo pensamos que esos factores incontrolables pueden echar por tierra nuestros esfuerzos. El libro da un mensaje esperanzador. Los esfuerzos siempre tienen un sentido y siempre producen algún resultado.

—¿Y eso es universal? No sé, creo que hay algo más que se nos escapa.

—Bueno, tal vez *La Buena Suerte* también haya arraigado en tantas culturas y sistemas de creencias distintos porque los mensajes que contiene están exentos precisamente de creencias o religiones. Son profundamente humanísticos y conectan tanto con la mentalidad occidental como con la oriental.

—Vale, Fernando, pero sé sincero. ¿Cambiarías algo del libro? ¿Añadirías algo? ¿Quitarías algo? Te lo digo porque es una edición conmemorativa y tal vez nos den esa opción en la editorial.

—Cambiaría muy poco. Tan poco que no vale la pena tocarlo. Bueno, a no ser que tú...

—Yo tampoco modificaría nada, Fer.

—Es que el libro nos quedó redondo. Sólo alguna vez me fastidió el posicionamiento que adquirió debido a la similitud del diseño de la cubierta con otros libros catalogados «de autoayuda». Creo que *La Buena Suerte* no es un libro de autoayuda. Es una fábula con un mensaje muy profundo que otros grandes pensadores han desarrollado también en el pasado. No es que tenga nada contra la autoayuda, pero es que sencillamente este libro no lo es.

—Fernando, como en todo en esta vida, hay buena calidad y hay mala calidad. Hay autoayuda de calidad y autoayuda que es un timo o un fraude.

—Toda la razón. El libro está bien como está, Álex. Es válido para personas de cualquier edad. Sirve tanto a adolescentes como a personas mayores, a institutos y escuelas o a empresas y grandes organizaciones. Es muy difícil lograr eso con un breve relato. De acuerdo, lo dejamos así.

—Es que sería un error tocarlo. No hay más que recordar las anécdotas, lo que nos han dicho lectores, asistentes a nuestras conferencias, amigos, parientes, conocidos, quien sea.

—Tienes razón, Álex. La verdad es que han sido tantas, tantísimas las personas y testimonios.

—Tú ¿con cuál te quedarías?

—No sabría con cuál quedarme. Tal vez el más impactante fue el de un joven japonés que, tras un intento de suicidio, ingresado en el hospital leyó el libro y decidió que iba a vivir, que iba a superar sus problemas y que la vida valía la pena. ¿Y tú, Álex?

—Ha habido muchos, Fer. Decenas, cientos, y sabes que no exagero. Me viene a la cabeza un señor mayor, creo recordar que me dijo que tenía ochenta y cuatro años, que se presentó con una amabilidad exquisita cuando yo acababa de impartir una conferencia en una ciudad del sur de España. El hombre se me acercó y me tendió su mano temblorosa, nos saludamos e inmediatamente me abrazó.

—¿Por qué?

—Me dijo que en los últimos años había pasado por circunstancias personales muy duras, entre ellas el fallecimiento por enfermedad de su mujer, y que llegaron a diagnosticarle depresión...

—¿Y?

—Pues no lo vas a creer, pero resultó que su médico, aparte de prescribirle un fármaco, le aconsejó que leyera alguno de nuestros libros, entre ellos *La Buena Suerte*.

—No puede ser.

—La lectura de nuestro libro le ayudó a dotar de un sentido a su vida y a construir circunstancias que le permitieron recuperar las ganas de seguir viviendo.

—Eso, desde luego, no se puede olvidar, Álex.

—Lo recuerdo con viva emoción, porque, Fernando, al final, más que las palabras que nos puedan decir sobre el impacto del libro, nos quedan los gestos, las emociones, las manos que tiemblan en el abrazo, las lágrimas en los ojos... Eso es lo que queda en la memoria.

—Ya, pero perdona que ahora te lleve la contra, Álex, que ya sabes que soy un poco mosca cojonera en ese aspecto. En Polonia, recuerdo que, cuando presentamos el libro, en una de las entrevistas, nos dijeron que el mundo no era exactamente así. Como habían vivido la invasión

alemana y antes la rusa, su experiencia era de guerra y devastación.

—Lo recuerdo, Fer. Dijeron que su fábula consistía en que el caballero Nott agarraba su espada y destrozaba a Sid.

—No es que fuese una aportación brillante, pero da que pensar. Es cierto que ante el odio y la barbarie poco tendría que decir nuestra fábula, que parte de la premisa de que el ser humano es, ante todo, humano.

—Claro, Fernando, pero universalidad no significa en cualquier situación. Esto no es una Biblia. No es la tabla de los diez mandamientos. Es una fábula con un mensaje universal. Aun así, *La Buena Suerte* va por el mundo hablando a la buena gente, y en ese diálogo pasan cosas que tú y yo ignoramos, pero que a veces nos llegan y demuestran que vale la pena incluso esforzarse en hacer bien un pequeño cuento, porque su impacto puede salvar una vida o ayudar a alguien que sufre.

—Naturalmente.

—Mira, otra experiencia que me impactó muchísimo fue saber que el libro era utilizado como herramienta para enseñar a leer a personas adultas que no habían tenido la oportunidad de ir a la escuela, o en otras ocasiones ver cómo el libro se emplea como material de apoyo en procesos de psicoterapia. Eso supera cualquier expectativa, por formidable que sea, que tú y yo pudiéramos imaginar cuando lo escribimos.

—La gente lo comparte, lo utiliza... Es verdad.

—El libro sostiene por sí mismo su mensaje y sus «reglas», en especial la cuarta, aquélla que reza que la buena suerte sólo lo es cuando se comparte con los demás.

—¿Qué te planteas para los próximos diez años, Álex?

—Hasta ahora he seguido un camino de simplicidad, de sobriedad. Me gusta vivir en el campo, con mi mujer, mis perros, ver a mis hijos, cómo vuelan ya fuera del nido y hacen sus vidas. Me planteo seguir en esta senda, y, por otro lado, como vengo haciendo en las redes sociales, quiero compartir con los demás aquello que he aprendido y que me ha sido útil. Mi afán es comprender y compartir, Fer. Y, por supuesto, seguir investigando sobre lo humano y trabajando en lo que hago, ya que me siento un privilegiado por poder trabajar en lo que amo, y echando una mano a quien de verdad lo necesite. ¿Y tú?

—Pues yo... Seguir escribiendo, creando, dirigiendo cine... Seguir viviendo de mi creatividad, de mis ideas, de mi imaginación, de mis reflexiones. Espero poder seguir aportando a los demás en ese sentido.

—Sigamos sembrando entonces, Fernando.

—Oye, Álex...

—Dime.

—Es que nos habíamos encontrado hoy para escribir el prólogo de la edición conmemorativa y deberíamos ponernos a ello.

—¿Cómo lo hacemos, Fer?

PRIMERA PARTE:

El encuentro

Una hermosa tarde de primavera, Víctor, un hombre de aspecto elegante e informal, fue a sentarse al que era su banco preferido del mayor parque de aquella gran ciudad. Allí se sentía en paz, aflojaba el nudo de la corbata y apoyaba los pies descalzos sobre una mullida alfombra de tréboles. A Víctor, que tenía sesenta y cuatro años y un pasado lleno de éxitos, le gustaba aquel lugar.

Pero esa tarde sería distinta de otras; algo inesperado estaba a punto de ocurrir.

Se acercaba al mismo banco, con intención de sentarse, otro hombre, también en la sesentena, David. Tenía un andar cansado, tal vez abatido. Se intuía en él a alguien triste, aunque conservaba, a su manera, un cierto aire de dignidad. David lo estaba pasando bastante mal en esos momentos. De hecho, lo había pasado mal durante los últimos años.

David se sentó junto a Víctor y sus miradas se cruzaron. Lo extraño fue que tanto uno como otro, los dos al mismo tiempo, pensaron que un vínculo los unía, algo conocido... muy lejano, pero íntimamente familiar.

—¿Tú eres Víctor? —preguntó David con precaución.

—¿Y tú David? —contestó Víctor, ya seguro de que reconocía en aquella persona a su amigo.

—¡No puede ser!

—¡No me lo creo, después de tanto tiempo!

En ese instante se levantaron, se abrazaron y soltaron una sonora carcajada.

Víctor y David habían sido amigos íntimos en la infancia, desde los dos hasta los diez años. Eran vecinos en el modesto barrio donde vivieron sus primeros años.

—¡Te he reconocido por esos inconfundibles ojos azules! —le explicó Víctor.

—Y yo a ti por esa mirada tan limpia y sincera que tenías hace..., hace... ¡cincuenta y cuatro años! No ha cambiado en nada —le respondió David.

Recordaron y compartieron entonces anécdotas de la infancia y recuperaron lugares y personajes que creían olvidados. Finalmente, Víctor, que distinguía en la expresión de su amigo una sombra de tristeza, le dijo:

—Viejo amigo, cuéntame cómo te ha ido en esta vida...

David se encogió de hombros y suspiró.

—Mi vida ha sido un conjunto de despropósitos.

—¿Por qué?

—Recordarás que mi familia dejó el barrio en el que éramos vecinos cuando yo tenía diez años, que desaparecimos un día y nunca más se supo de nosotros. Resulta que mi padre heredó una inmensa fortuna de un tío lejano que no tenía descendencia. Nos fuimos sin decir nada a nadie. Mis padres no quisieron que se supiera que la suerte nos había favorecido. Cambiamos de hogar, de coche, de vecinos, de amigos. En ese momento tú y yo perdimos el contacto...

—¡Así que fue por eso! —exclamó Víctor—. Siempre nos preguntamos qué os había pasado... ¿Tanta fortuna recibisteis?

—Sí. Además, una parte importante de lo recibido en herencia fue una gran empresa textil en pleno funcionamiento y con abundantes beneficios. Mi padre la hizo incluso crecer más. Cuando murió, yo me ocupé de ella. Pero tuve muy mala suerte. Todo fue en mi contra —explicó David.

—¿Qué pasó?

—Durante mucho tiempo no cambié nada, pues las cosas iban más o menos bien. Pero de pronto empezaron a aparecer competidores por todas partes y las ventas bajaron. Nuestro producto era el mejor, así que yo tenía la esperanza de que los clientes se dieran cuenta de que nuestros competidores no ofrecían la misma calidad. Pero los clientes no entienden de telas. Si de verdad hubieran sabido se habrían dado cuenta. Así que se lanzaron a por los productos de las nuevas marcas que iban saliendo al mercado.

David tomó aliento. Recordar todo aquello no era agradable. Víctor permanecía en silencio, sin saber qué decir.

—Perdí mucho dinero, pero la empresa estaba aún saneada. Intenté reducir los costes tanto como pude, pero cuanto más lo hacía, más bajaban las ventas. Estuve a punto de crear una marca propia, pero no me atreví. El mercado pedía marcas extranjeras. Eso me puso en el límite. Como último recurso pensé en abrir una cadena de tiendas propias. Tardé en decidirme y, cuando lo hice, no pude hacer frente al coste de los locales, pues las ventas no lo cubrían. Empecé a fallar en mis pagos. Así que tuve que responder con los activos: la fábrica, mis tierras, mi casa, todas mis propiedades... Lo tuve todo en mi mano, tuve todo lo que quise y lo perdí. La suerte nunca me acompañó.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Víctor.

—Nada. No sabía qué podía hacer. Todas las personas que antes me habían alabado ahora me daban la espalda. Anduve entre un empleo y otro, pero no me adapté o no supieron entenderme... Llegó incluso un momento en que pasé hambre... He sobrevivido durante más de quince años como he podido, ganándome la vida con las propinas que obtengo haciendo recados e incluso recibiendo ayuda de buena gente que me conoce, en el barrio en el que ahora vivo. La mala suerte siempre ha estado conmigo.

David no tenía ganas de seguir hablando, así que le preguntó a su amigo de infancia:

—Y a ti, ¿cómo te ha ido en la vida? ¿Has tenido suerte?

Víctor esbozó una sonrisa.

—Como recordarás, mis padres eran pobres, más pobres que los tuyos cuando vivíais en el barrio. Mis orígenes son más que humildes, lo sabes bien, son precarios. Muchas noches no teníamos qué comer. A veces, incluso, tu madre nos traía algo porque sabía que en casa las cosas iban mal. Como también sabes, no pude ir al colegio, así que estudié en la universidad de la vida. Empecé a trabajar con diez años, precisamente poco tiempo después de que tu familia y tú desaparecierais misteriosamente.

»Empecé lavando coches. Después trabajé en un hotel, de botones. Más tarde subí de categoría y trabajé como portero de varios hoteles de cinco estrellas... Hasta que a los veintidós años me di cuenta de que *yo podía tener suerte, si me lo proponía*.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó David, con un tono mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Adquirí un pequeño taller que estaba a punto de cerrar. Lo compré con un crédito y con todos los ahorros de que disponía. Era un taller que fabricaba bolsos de piel. Yo había visto todo tipo de bolsos en restaurantes y en los lujosos hoteles en los que trabajé. Así que sabía lo que les gustaba a las personas con dinero. No tenía más que fabricar lo que tantas veces había visto llevar cuando trabajaba como mozo.

»Al principio, yo mismo me ocupaba tanto de fabricar como de salir a vender. Trabajé por las noches y los fines de semana. El primer año fue muy bien, pero reinvertí todo lo que gané en comprar más género y en viajar por todo el país, para averiguar qué se fabricaba en otras partes. Necesitaba saber más que nadie sobre bolsos de piel. Aprendí mucho visitando tiendas. Preguntaba a todo el que veía con un bolso qué le gustaba y qué le disgustaba del suyo...

Víctor recordaba con pasión aquellos primeros años. Continuó:

—Las ventas fueron creciendo. Durante diez años reinvertí todo lo que gané. Busqué oportunidades allí donde pensé que podía haberlas. Modifiqué cada año los modelos de mis bolsos que más se vendían, nunca fueron iguales. Nunca dejé un problema del taller para el día siguiente. Intenté ser la causa de todo lo que acontecía a mi alrededor. Fui adquiriendo un taller tras otro, luego llegaron las fábricas. Finalmente, conseguí crear un próspero negocio. La verdad es que no fue sencillo, pero el resultado supera lo que imaginaba cuando empecé.

David le interrumpió en ese punto y matizó la última apreciación:

—¿No será, en realidad, que tuviste mucha suerte?

—¿Eso crees? ¿Realmente crees que sólo tuve suerte?
—exclamó Víctor, sorprendido.

—No he querido molestarte ni menospreciarte —explicó con un hilo de voz David—. Pero resulta difícil creer que tú solo eres el motivo de tus éxitos. La suerte sonríe a quien el destino caprichosamente escoge. A ti te sonrió y a mí no. Eso es todo, viejo amigo.

Víctor se quedó pensativo. Al cabo de un tiempo, le contestó:

—Mira, yo no heredé ninguna gran fortuna, pero recibí algo mucho mejor de mi abuelo... ¿Conoces la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte, con mayúsculas?

—No la conozco —contestó David, sin mostrar interés.

—Aprendí la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte con un cuento que me explicaba mi abuelo cuando vivía con nosotros. A menudo he pensado, y aún sigo pensando, que ese cuento cambió mi vida. Me ha acompañado en momentos de miedo, de duda, de incertidumbre, de confusión y también en momentos de alegría, felicidad, gratitud... Gracias a este cuento decidí comprar el taller con el fruto de seis años de esfuerzo apasionado y de ahorro. Fue también este cuento el detonante de otras muchas decisiones que luego se han revelado cruciales en mi vida.

Víctor siguió hablando, mientras David, con la cabeza hundida entre los hombros, dirigía la mirada al suelo.

—Quizás a los sesenta y cuatro años uno ya no está para cuentos..., pero nunca es tarde para oír algo que puede ser útil. Como dice el refrán: *Mientras hay vida, hay esperanza*. Si lo deseas, puedo explicártelo.

David guardaba silencio, así que Víctor prosiguió:

—Es un cuento que ha ayudado a muchas personas. Y no solamente a gente del mundo de los negocios, también

a emprendedores y a profesionales de todos los campos. Las personas que aprenden y asumen la diferencia entre la suerte a secas y la Buena Suerte han obtenido excelentes resultados en sus trabajos, en las empresas en las que trabajaban. A otros les ha servido incluso para cultivar un amor. Ha servido también a deportistas, a artistas, a científicos e investigadores... Y te lo digo porque lo he observado de primera mano; tengo ya sesenta y cuatro años y soy testigo del efecto de la leyenda en muchas de esas personas.

David se incorporó y habló, quizá movido por la curiosidad:

—De acuerdo, dime: ¿Cuál es la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte?

Víctor meditó antes de contestar.

—Cuando vuestra familia recibió la herencia tuvisteis suerte. Pero esa suerte no depende de uno, por eso tampoco dura demasiado. Sólo tuviste algo de suerte, y ésa es la razón de que ahora no tengas nada. Yo, en cambio, me dediqué a crear suerte. La suerte, a secas, no depende de ti. La Buena Suerte, *sólo depende de ti*. Esta última es la verdadera. Mucho me temo que la primera no existe.

David no daba crédito a lo que oía.

—¿Me estás diciendo que la suerte no existe?

—De acuerdo... Digamos que sí que existe, pero es tan improbable que resulta vano esperar que te alcance precisamente a ti, a cualquiera. Y, si al fin llega, no dura demasiado, es pasajera. ¿Sabías que casi el 90 por ciento de las personas a las que les ha tocado la lotería no han tardado más de diez años en arruinarse o en volver a estar como antes estaban? En cambio, la Buena Suerte es posible siempre que te lo propongas. Por eso se llama Buena Suerte, porque es la buena, la de verdad.

—¿Por qué es la de verdad? ¿Cuál es la diferencia? —insistió David. Empezaba a sentirse muy intrigado por las palabras de su amigo.

—¿Quieres oír el cuento?

David dudó unos instantes. Al fin y al cabo, aunque no podía volver atrás, no perdía nada por escuchar. Además, le resultaba agradable que su mejor amigo de la infancia le contase, con sesenta y cuatro años, un cuento. Y no sólo eso, hacía demasiado tiempo que nadie le contaba algo, como si fuese un niño.

—De acuerdo, cuéntamelo —accedió por fin.



Primera Regla de la Buena Suerte

La suerte no dura demasiado tiempo,
porque no depende de ti.

La Buena Suerte la crea uno mismo,
por eso dura siempre.